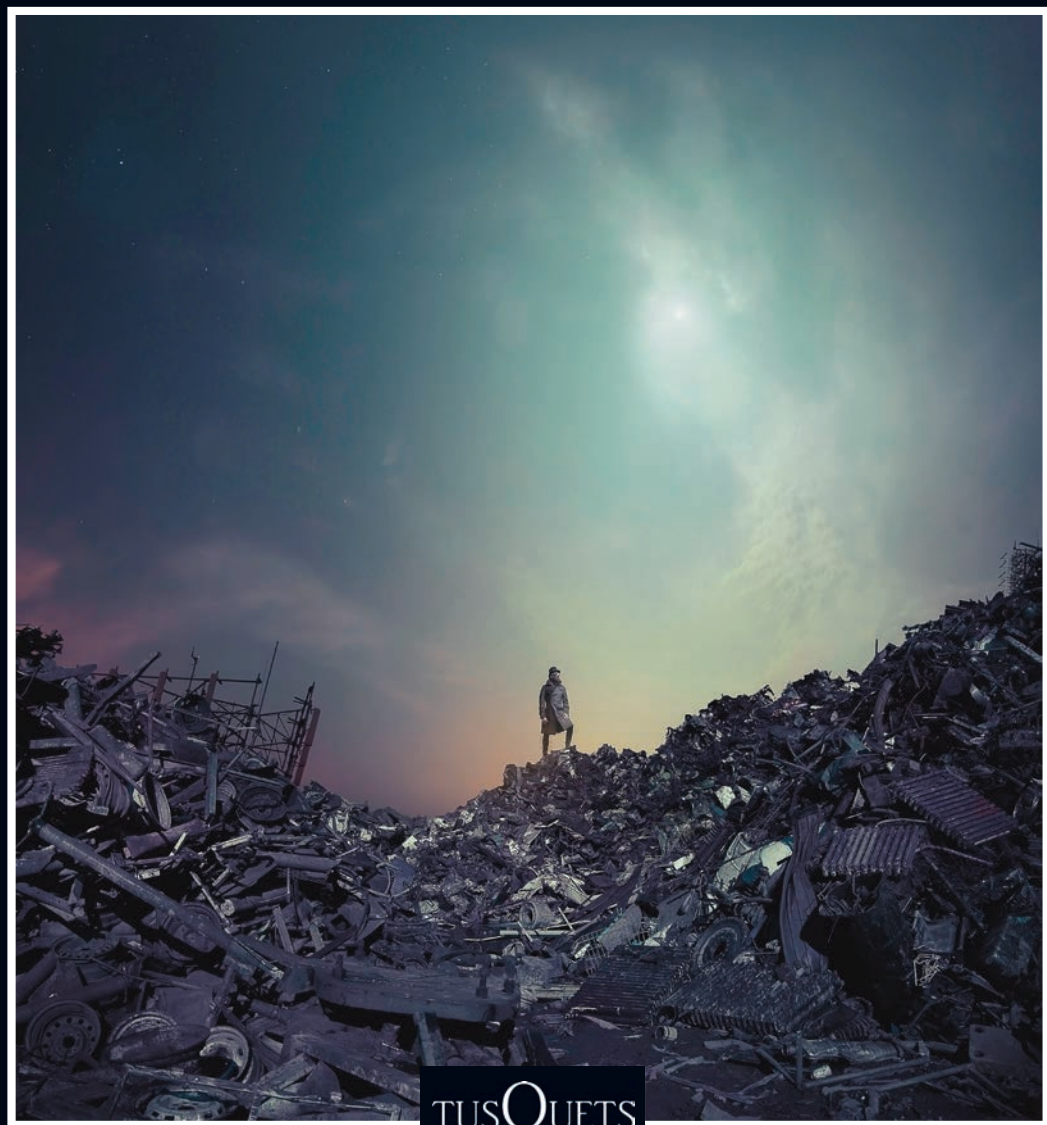


Ginés Sánchez

# DOS MIL NOVENTA Y SEIS

*colección andanzas*



TUSQUETS  
EDITORES

GINÉS SÁNCHEZ  
DOS MIL NOVENTA Y SEIS

TUSQUETS  
EDITORES

1.ª edición: enero de 2017

© Ginés Sánchez, 2017

Diseño de la colección: Guillemot-Navares  
Reservados todos los derechos de esta edición para  
Tusquets Editores, S.A. – Diagonal, 662-664 – 08034 Barcelona  
[www.tusquetseditores.com](http://www.tusquetseditores.com)  
ISBN: 978-84-9066-363-9  
Depósito legal: B. 129-2017  
Fotocomposición: Moelmo, S.C.P.  
Impresión y encuadernación: Cayfosa (Impresia Ibérica)  
Impreso en España

Queda rigurosamente prohibida cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública o transformación total o parcial de esta obra sin el permiso escrito de los titulares de los derechos de explotación.

## Índice

Primera parte: Dos mil cincuenta y seis . . . . .	13
Segunda parte: Dos mil ochenta y seis . . . . .	31
Tercera parte: Dos mil noventa y seis . . . . .	49
Cuarta parte: Dos mil ciento dieciséis . . . . .	267
Quinta parte: Dos mil ciento veintiséis . . . . .	327

Primera parte  
Dos mil cincuenta y seis

El aire olía a polvo quemado. El hombre vacilaba antes de abrir cada puerta.

En aquella ocasión había dejado su viejo sombrero sobre una silla y había avanzado por el pasillo en penumbra. La habitación lo había hecho detenerse, considerar. Fue consciente de que las fotografías lo miraban pero él tenía por costumbre no devolverles nada. Avanzó hasta la cama y probó el colchón. Acarició con manos callosas las sábanas frescas. Suspiró antes de echarse.

Las manchas del techo compusieron rostros grotescos en su cerebro.

Lo despertó la quemazón de la gasolina en la garganta. Se movió deprisa. Al llegar al balcón lo asustó una explosión de plumas y dos palomas torcaces salieron volando hacia el cielo transparente. El hombre, un ojo puesto en la calle, las miró partir.

Qué hijas de puta, murmuró.

Todavía, siguió, se quedarán el mundo para ellas.

El petardeo del motor se repitió más abajo. Vino ondu-

lando en la luz apagada de la mañana. El hombre se llegó al extremo del balcón y echó el cuerpo hacia delante. La calle terminaba en una plaza estrecha. Más allá cruzaba una avenida cuajada de coches cubiertos de polvo. Lo vio. Un instante. Una sombra azulada cruzando veloz, dejando tras de sí un sonido de motor cascado. Cuando el vehículo desapareció regresó al interior. Se sentó en una silla.

Solía tenderse en las camas pero nunca miraba a las fotografías. Allí también las había. Un mueble ocupaba todo un paño. Las estanterías estaban colmadas de libros que lentamente amarilleaban. El hombre los miró un instante y luego negó. Para qué, pareció decirse, si esto ya se perdió. Un minuto estuvo jugando con el interruptor de la luz. Lo subía y lo bajaba pero nunca sucedía nada. Otro tanto ocurría con los grifos. Una aspiración, un gemido lejano, la llamada angustiada de un pulmón sepultado en una profundidad líquida. Un chirrido en los dientes y luego nada.

El hombre alzó su bolsa, una buena bolsa, de cuero gastado y brillante, y recogió su sombrero. Aún volvió a la habitación en la que se había dormido. Al final hizo un montón con las sábanas y las echó también a la bolsa. Antes de salir se acercó a la mesa grande y escribió su nombre en el polvo.

Santiago.

Movió la cabeza. Junto a la puerta destrozada estaba el hacha. El hombre la tomó y salió al rellano. La escalera, hacia abajo y hacia arriba, era pozos de intuición frescor. Volvió a dejar la bolsa en el suelo y se situó ante la siguiente puerta. Empuñó el hacha.

Los hachazos se quebraban por la escalera y eran como un tumulto amontonado que buscaba la calle.